

V A R I A

PINTURA MURAL DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA DE WAMBA (VALLADOLID)

Al efectuarse restauraciones no hace mucho tiempo en la iglesia parroquial de Wamba, quedaron al descubierto, en el muro testero de la cabecera, restos de una decoración mural. Por desgracia la tarea de descubrimiento no se hizo con el cuidado que requería, y eso ha motivado que no haya aflorado en buenas condiciones. La pintura está efectuada al fresco, sobre un lecho de cal y arena que cubre el muro de piedra. Forma un rectángulo apaisado, que mide 1,63 por 3,70 metros. Un marco de rombos ciñe el conjunto. En la parte central hay una cruz de brazos iguales, único motivo que da sentido abiertamente cristiano a la pintura. No se puede precisar qué decoración había pintada en el espacio que hay encima de la cruz. El resto se reparte en ocho espacios cuadrados, en cuyo interior hay círculos, conteniendo ruedas de ocho radios en forma de hoja, y cuadrúpedos afrontados dos a dos a cada lado de la cruz. Son estos cuadrúpedos de larga cola y cabeza pequeña. Cuadrados y círculos se decoran con motivos de dientes de sierra y zig-zag. En los rincones de los cuadrados nace una ornamentación formada por un rombo con dos rizos. La gama cromática es limitadísima: alternan los colores negro y rojo claro, sobre la preparación levemente amarillenta.

Para la datación de estas pinturas, ha de tenerse presente que la cabecera de este templo es de estilo mozárabe. Gómez Moreno sitúa la construcción del templo (en su libro *Iglesias mozárabes*, Madrid, 1919, p. 193), entre los años 928 y 948, en la época del obispo Frunimio, que regentaba el templo. En la segunda mitad del siglo XII se reformó el templo hacia los pies en estilo románico.

Se trata a no dudarlo de una pintura de época mozárabe. La decoración de círculos tangentes, con animales dentro, es de tipo sasánida, difundida en occidente por los bizantinos. Aquí se ha imitado una tela. Los templos acostumbraban a decorarse interiormente por medio de telas; pero a falta de éstas y por razón de economía, se copiaban al fresco dichos tejidos. Ahora bien, es evidente que esta pintura no cumplió meramente una función ornamental. La cruz revela claramente la intención de ilustrar el sentido religioso. Lo que sí puede afirmarse es el carácter excepcional de esta pintura, ya que si es abundante la miniatura mozárabe, la pintura mural, que hubo de abundar, no nos ha dejado testimonios.

Por lo demás es evidente la derivación de esta pintura de obras anteriores

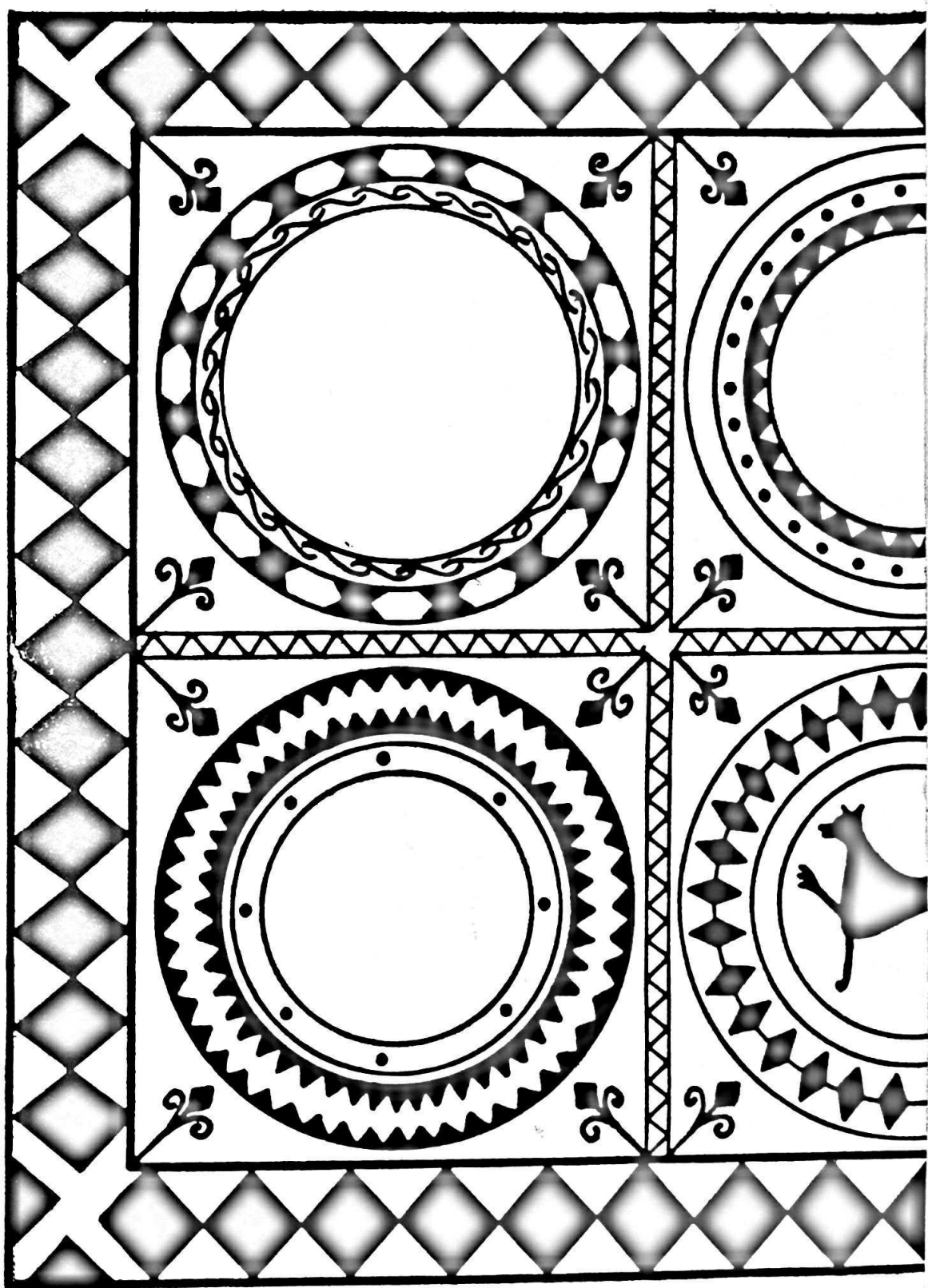
visigóticas y asturianas. El tema de ruedas de radios en forma de hoja es de procedencia visigótica. En la pintura asturiana se advierten antecedentes, como revela la ornamentación de círculos de la iglesia de Santullano de Prados. Los vínculos con la miniatura mozárabe son directos. Los temas ornamentales son semejantes a los que figuran en las Biblias y Beatos de este período. En los arcos y borduras de estas miniaturas son de uso común las puntas de sierra y líneas en zig-zag. También en la pintura románica se da este último motivo, pero visto en perspectiva. También fue rutinario el tema de los círculos tangentes en el período mozárabe. En la Biblia, del año 920, de la catedral de León, puede verse una página entera decorada con círculos tangentes conteniendo figuras, a imitación de una tela. Y en la Biblia, de 960, pintada por Sancho y Florencio, en San Isidoro de León, una página contiene los cuatro Evangelistas dentro de círculos. Es verdad que el tema de los círculos tangentes también se presenta en el arte románico. En las pinturas de San Baudilio de Berlanga (Museo del Prado) los hay, conteniendo águilas. Pero de todas formas los animales románicos presentan leves nociones de bulto, mientras que los cuadrúpedos de Wamba son meras siluetas. No pueden adelantarse estas pinturas de Wamba al período románico, porque las pinturas de este período presentan una marcada tendencia a la figuración humana en esta parte del templo, y por otro lado las formas traducen levemente el relieve. En Wamba, por el contrario todo es rigurosamente plano, siguiendo la vieja línea de lo abstracto prerrománico.

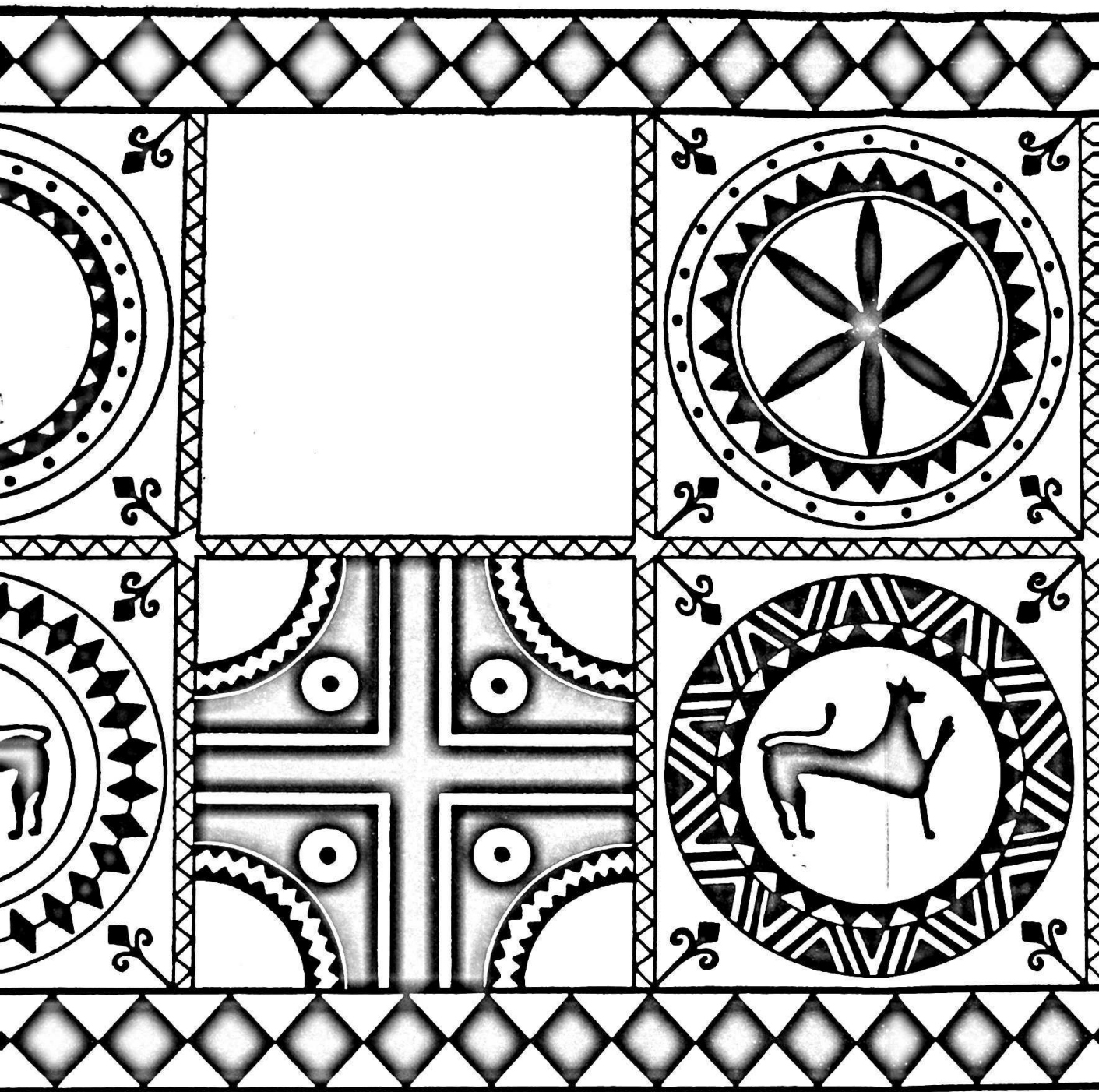
J. J. MARTÍN GONZÁLEZ

SOBRE ALGUNAS ESCULTURAS VALLISOLETANAS

Un valioso Crucifijo se guarda en la clausura del convento vallisoletano de Santa Teresa. Está labrado en madera y mide 1,14 metros. Conserva la policromía original: paño de pureza azul, con orilla dorada, y encarnación a pulimento. Es obra cierta de Juan de Juni. Así lo pregonan su crudo realismo, su impecable anatomía del esfuerzo. El paño de pureza revolotea detrás de las piernas. Los pies se dirigen violentamente uno contra otro, revelando la incomodidad de la posición.

Juni, maestro del dolor, ha llegado al paroxismo. Late en esencia el viejo goticismo trepidante del siglo xv. El momento que expresa el Crucifijo es el de la agonía, cuando lo normal es la figura del Cristo ya muerto. Pero no es una placida agonía. Se adivina aquel tremendo lamento del Crucificado, cuando irguiendo la cabeza clamó al Padre, creyéndose abandonado. No es por tanto un Cristo de la Expiración, sino de la Agonía. Para hablar, Cristo hace un supremo esfuerzo. Todos los músculos, sobre todo los del cuello, están en elevada tensión, contrayéndose el vientre. Aparte de esto, la escultura es de por sí altamente valiosa por





Santa María de Wamba (Valladolid). Reconstrucción de la pintura del ábside.

su talla. En cuanto a la fecha, pertenece al período central, en que se mantiene impetuoso el movimiento.

El haber podido penetrar en esta clausura me ha permitido ver directamente el Cristo a la columna, que antes sólo conocía por fotografía. Ante su contemplación, he de rectificar la opinión de copia de Fernández que antes tenía declarada, para inclinarme decididamente por un original, de calidad extraordinaria. Mide la pieza 53 centímetros de altura. Está primosoramente tallada. La cara es lindísima, presentando ojos azules que lucen como esmeraldas.

En el convento de Jesús María se venera una pequeña imagen de Cristo a la columna, de treinta y seis centímetros de altura. Está labrado en madera policromada, con encarnación a pulimento de tono lechoso. La anatomía está apurada, precisándose calidades carnosas de gran blandura. El paño de pureza imita puntualmente un tejido, disponiéndose con abundante plegado. Es obra de un maestro del círculo sevillano de Pedro Roldán (1624-1699). La relación con el estilo de este maestro se basa en numerosos detalles. Sobre todo es similar la técnica de los cabellos, ejecutados a largas dentelladas de gubia, recordando la abocetada factura de Valdés Leal. La composición se presenta sin afeites: la figura de Cristo busca nerviosamente el equilibrio, ante la insuficiencia de la columna baja, y adopta una postura desgarbada. Pese a la ejecución esmerada, queda patente que el autor no se ha preocupado del mero placer de la contemplación, sino que acrecienta los valores expresivos, procurando levantar el dolor del espectador. El rostro acredita un patetismo que se aparta de la templanza de Roldán, y el mismo tipo es diferente del usado por éste en el Cristo a la columna de la iglesia de San Juan de la Orotava. La obra parece datar del último cuarto del siglo XVII.

J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.